

Fecha: 05-04-2025  
 Medio: El Mercurio  
 Supl.: El Mercurio - Sábado  
 Tipo: Noticia general  
 Título: LAS NOTAS DE VIDA DE GASTÓN LAFOURCADE

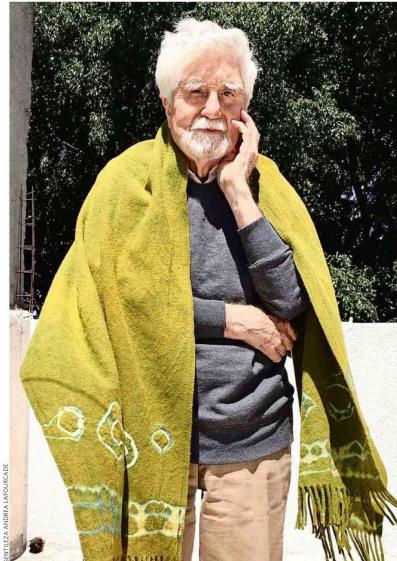
Pág.: 6  
 Cm2: 500,7  
 VPE: \$ 6.577.525

Tiraje: 126.654  
 Lectoría: 320.543  
 Favorabilidad:  No Definida

# LAS NOTAS DE VIDA DE GASTÓN LAFOURCADE

Desconocido para muchos chilenos, el destacado músico, hermano de Enrique y padre de Natalia Lafourcade —con la que fueron nominados a un Grammy Latino— tiene su propia historia: una larga que incluye haber fabricado el primer clavécin en nuestro país y haber partido al exilio en México, que se convirtió en su lugar de residencia.

POR JOSEMARÍA RUY-PÉREZ



Gastón fundó en los años 70 la Asociación de organistas y clavicinistas de Chile. Hoy, a sus 89 años, ya no fabrica clavécinas.

## “El primer teclado que hice no sirvió para nada.”

Nada más de leña”, recuerda el músico, profesor y ebánista Gastón Lafourcade, al contar cómo llegó a construir su primer clavécin. Fue, además, el primero de estos instrumentos construidos a partir de cero en nuestro país. Dos años de aciertos y errores le tomaron terminar su intento, en agosto de 1973. “Lafourcade [...] proyecta formar un grupo de cámara y dar concierto, con el clavécin a cuestas, a una serie de conciertos de difusión cultural”, reza una entrevista que le hicieron en el “Mercurio”, el 12 de ese mismo mes. Y el 13 de septiembre, “con un cepillo de dientes, una flauta y una pipa”, se iba a la Embajada de México, al igual que su entonces esposa, Rosa Bracho, desde donde gestionarían la salida hacia el país azteca, por el golpe de Estadio, en el mismo avión que la familia de Salvador Allende.

Con dificultad, ya que andaba “medio peleado con la tecnología”, el hombre de ahora 89, radicado en Querétaro, atiende una video llamada junto a su señora de hace más de 30 años, Natalia Avendaño, y aprovecha de mostrar su caso: los bancos a escala que construye, los cuadros que su hijo menor pinta, el piano en la sala de estar. Y cuando empieza a entrar en detalles de la entrevista, él mismo se interrumpe. “Bueno, aquí está mi nieto, que va a tocar. Tiene nueve y lo estamos poniendo en contacto con la gran música, con música clásica. ¿Qué vas a tocar, Damián?”. A lo que el talentoso joven contesta: “Polonesa, en sol menor, de Anna Magdalena Bach”. La historia se posterga: que pase la música.

“Naci en Angol, pero llegué a Santiago a los uno o dos años”, dice el músico padre de cuatro hijos: Catherine, Andrea (chilenas), Natalia —la cantante— y Gastón (mexicanos); y hoy, a sus 89 años, es Allende, Enrique, el autor —Eliana y Ximena. Gastón es el menor de todos, por lo que asegura “le tocaban menos atenciones, y tenía que procurarme mis diversiones con gente del barrio, de todos los países”, comenta. Ximena fue la primera en morir, cuando en 1949 una tuberculosis afectó a los tres hermanos; y ella no logró recuperarse. Gastón no sabe si es el único que queda de los hermanos, ya que quizás Eliana esté viviendo en Perú. “Ell vivió una vida un poco aparte de nosotros”.

La familia vivía en el barrio Santa Isabel, cerca de donde pasaba el ferrocarril a Puento Alto. Su padre, inspector en Impuestos Internos, sola complementar su renta con otras actividades, como cuando fabricaban frazadas o cuando pusieron una lavandería. Ahí en casa, a Gastón le llamaba la atención un piano antiguo. “Mi hermana mayor, Raquel —Quete—, tomaba clases y gustaba mucho escuchar”, dice Gastón y recuerda: “El programa ‘La música por sus hombres’, de Radio Chilena, tenía de corona una obra de Joaquín Sebastián Bach, la ‘Tocata y Fuga en re menor’, que a mí me fascinaba mucho y trataba de sacarla en el piano, así más o menos. Tendría unos cinco o seis años”.

En los años 50, la familia se cambiaria a Paula Jarpaquemada 155, en La Reina, casona que perteneció al antropólogo Nicancor Parra y que fue epicentro de grandes veladas artísticas, que contaron con la presencia de Neruda, Voynich, entre otros. También fue lugar de reunión de los Lafourcade, como en una celebración en 2013, en que Gastón compartió por última vez con su hermano Enrique. Sentados ambos al piano, estando el autor “Palomita Blanca” ya con un alzhéimer avanzado, cantaron juntos “Volver” de Carlos Gardel, con toda la familia coreando.

Gastón refiere escuetamente que no le gustó nada una novela de Enrique, *Salvador Allende*, terminada en diciembre de 1973. “Lo hizo tratando de quedar bien con la junta”, anota. Creo que el gran error de Enrique fue haber escrito ese libro. Hablaba de Allende, en su momento, de que en el golpe militar era una noticia mundial y un golpe a la democracia”.

El músico, que según personas de su familia tiene un carácter muy diferente al de su hermano escritor, fue muy cercano a los hijos de Enrique. Dominique, con quien aún mantiene contacto; y Octavio, que falleció en 2009. Ambos tenían una relación complicada con su padre. Según cuenta Dominique a Sábado, se refugiaron a menudo dentro Gastón.

“En uno de nuestros. (...) Cuando nos acompañaba, su madre se suavizaba, se le relajaba el cuerpo y su risa adquiría un sonido agradable y genuino que no se había visto en nadie al que emitía de forma convencional. Nosotros nunca lo consideramos un adulto”, escribe Dominique Lafourcade sobre su tío en el libro *Una infancia para toda la vida*, en el que reconstruye la historia familiar —con una segunda parte: *Florver*.

“Dominique ha resultado ser una chica excelente. Yo creo que mejor que su papá”, dice Gastón con una amplia sonrisa.

pedagogía del método Orff, creado por Carl Orff (*Carmina Burana*) y Gunild Keetman. Me gustó muchísimo, para la formación sobre todo en niños, y se trabajaba con xilófonos que no existían en Santiago. No tenía ya la menor idea de cómo hacer para que un trozo de madera pudiera dar una nota determinada al hacerlo vibrar, pero empecé a ver si podía construirlo”.

Con esta metodología y el estudio de la luthería, Gastón consiguió un trabajo en el colegio The Grange School, donde trabajaba un carpintero que le ayudó a optimizar el trabajo. Pero después de un par de años, dejó ese trabajo y los xilófonos. “Ya no tenía ningún misterio para mí. Y ya en esa época yo tenía inquietud por el clavécin. Entonces creamos la Asociación de organistas y clavicinistas de Chile. Si bien no teníamos clavécin, había algunas personas que si lo tenían y que lo facilitaban. Ahí fue naciendo la idea de fabricar. Lo peor que podías pasar es que no resultara y ya”.

Buscando contar con un clavécin y, a partir de una espinita que le llevaron para reparar a principios de los 70, empezó a armar un plano para el que sería el primer clavécin construido enteramente en nuestro país. “Pude conseguir algunas herramientas elementales e instalarme en un gallinero abandonado en la casa de mi mamá. Y empecé a trabajar, con muy poca información. El diseño principal en la construcción de un buen instrumento es combinar fortaleza con ligereza. Después de unos dos años de trabajo, surgió un clavécin. No sonaba tan bien como me hubiera querido. Pero poco a poco lo fui mejorando”.



Gastón recuerda vivamente el discurso de Salvador Allende del II de septiembre. Pasada la noche, momentivamente paralizado, pensó en qué la ballarina Rosa Bracho, esposa de Gastón, fuera a la embajada de Chile en México. “Rosa se fue con mucho riesgo y se puso refugiada en la embajada. El día 13 conseguí que un amigo con auto me llevara también”.

De su partida improvisada, Gastón extraña dos objetos: un piano de cola entero, que hubiera querido dejarles a sus hijos, pero que desapareció. Y un cuadro: “un retrato que me hizo Claudio Bravo, pintor extraordinario. Yo apreciaba mucho ese cuadro”.

Becado para ir al Conservatorio de Moscú a estudiar un posgrado en órgano y dirección orquestal en el 73, gestionó en la embajada soviética para que se pospusiera dos años. Mientras, tanto él como Rosa entraron a trabajar en una escuela de danza en México, en el que daban clases de música y de ella de danza.

Fueron a Moscú en 1975 y regresaron a México dos años después, donde Gastón no podía trabajar por su situación migratoria. “No había entradas de dinero, salvo lo que tenía Rosa, que era muy poco. En Ciudad de México buscamos dónde vivir, pero no había nada que se ajustara a nuestro presupuesto. Entonces tuvimos que que nos acomodaran en un pueblito de las afueras, a 30 kilómetros de la ciudad, llamado Atlapulco”.

Viajando para allá, a su nuevo hogar en la sierra, tuvieron un accidente en la carretera. “Una camioneta se salió de su carril y nos chocó. Estuve dos días inconsciente, sin saber qué había pasado. Cuando desperté supe que Rosa había fallecido”. Estuvo 40 días en el hospital recuperándose. “Un tiempo si tuve que andar con muletas, porque tuve una fractura expuesta de fémur y muchas fracturas en la cadera”. En Ciudad de México, la familia de José Ibarra, un aislado chileno amigo suyo, lo acogió y lo cuidó.

“Me fui a vivir a un apartamento, arriendo poco a poco las cosas. Pude ingresar a la UNAM a trabajar. ‘No alcanzaba para mucho, pero pude rentar un departamento muy chiquito a donde vivir. Me fui reponiendo de las heridas, de las secuelas’. ¿Y de qué forma un músico puede empezar a rearmar su vida? Pues tocando. ‘Me gusta, como dicen en inglés, to play. Yo juego’, dice Gastón Lafourcade.

En ese 1977, necesitaba como el agua volver a ser un músico activo. Y recibió una invitación para dar un par de conciertos de clavécin. “Fue muy bueno eso, me recompuso haber podido cumplir. Ese concierto lo hice con el clavécin que había hecho en Chile”, recuerda. Se lo había llevado un amigo que trabajaba en la Cepal, que tuvo la oportunidad de traerlo con su menaje de casa.

Con ese clavécin alcanzó a dar muchos conciertos en distintas partes de México, su hogar definitivo. Luego conocería a la madre de Natalia, María del Carmen Silva, y, por último, a Susana, su esposa y madre de su hijo menor, Gastón —padre de Damián, el nuevo pianista—.

Hoy ya dejado la construcción de clavécinas: una producción de aproximadamente una docena, siendo los últimos de 186 cuerdas. Puede jactarse de haber sido condecorado con una medalla de honor por la Legislatura de Querétaro, de una nominación a Grammy Latino por un video musical extendido, *Quién me tarife escucha mis voces*, que grabó junto a su hija Natalia, la famosa cantante mexicana ganadora de 4 Grammys y 18 Grammys Latin—de quien no le gusta mucho hablar, porque se llevan muy bien—, que dirige el proceso de grabación de su único disco, *Qualcun'ognit mai non me neam*, en el que Gastón interpreta principalmente a Bach y Brailo.

Gastón descansa algo ofuscado. No hay más entrevista.

—¿Y qué pasó con ese clavécin?

—Se lo regalé a Natalia. No lo usa, pero bueno, lo tiene. □

“Empecé a dar clases a muy temprana edad con lo poco que sabía a otros alumnos que sabían menos que yo”.

Después de mostrar interés en el coro de su colegio y en insistir que lo suyo era la música instrumental, comenzó con clases de piano en el año 1951, cuando ya era adolescente. Hubiera querido ingresar al conservatorio o algo. Pero superaba el límite de edad para ingresar”. Tomó clases en una escuela en la calle Pedro de Valdivia, con el maestro Armando Moraga.

Terminada la educación escolar, Gastón estudió Psicología en el Instituto Pedagógico. Pero solo un año, pues pronto se dio cuenta de que quería dedicar todo su tiempo a la música. “Mi padre no estaba muy de acuerdo con eso, me dijo ‘vas a tener que arreglártelas solo’. Y así lo hice. Empecé a dar clases a muy temprana edad con lo poco que yo sabía, a otros alumnos que sabían menos que yo”, comenta con humor.

Con el tiempo se fue acentuando su gusto por la docencia, que lo llevó a ser profesor en la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) mucho más adelante. Con Susana, su esposa, además, abrieron en Querétaro, frente a su casa, la Academia de Música Santa Cecilia, en donde formaron grupos de música destinados nacionales e internacionales —como Juan Salvado Zurutuza—. El maestro que lo recomendó para el puesto, a inicios de los 60, fue Julio Perceval. Él era belga y venía de Argentina, donde había formado la Escuela de Órgano en Buenos Aires. El 59 llegó a Chile, contratado por la Universidad de Chile, para crear la cátedra de Órgano.

Gastón audicionó y quedó en esa cátedra. Coincidio en que no aceptó al cantante de la Basílica de la Merced, Boris Subiabre, quien lo invitó a tomar el cargo de organista de la iglesia debido a la muerte del músico titular. “Entonces, hablé con el maestro Perceval, quien me dijo: ‘Acepte inmediatamente. Porque ahí va a tener usted un instrumento donde estudiar’”. El de la Merced era un órgano de tres teclados y 42 registros, uno de los más completos que había en Santiago. “Nos juntábamos en la iglesia con Perceval a la hora en que no había misas, y estabamos hasta que comenzaban las señoras a romper el rosario”. De ahí surgió no solo una relación profesor-alumno, sino una amistad con don Julio. Amistad con un abrupto desenlace.

“Me llamaron para organizar una misa de difuntos del cuerpo presente. Entonces yo fui y hablé con Boris, que iba a estar bien”, recuerda el músico. Era el 7 de septiembre de 1963 y alguien había sido atrapado. “Yo y sabía quién era el difunto. Era mi maestro”. Julio Perceval falleció, dejando tras de sí un legado de músicos en nuestro país.

—¿Cómo empezó la fabricación de instrumentos?

—En Chile, cerca del 65, asistí a un curso donde se explicaba la



“Gastón fundó en los años 70 la Asociación de organistas y clavicinistas de Chile. Hoy, a sus 89 años, ya no fabrica clavécinas.”



Gastón en brazos de su madre, junto a sus cuatro hermanos. De izquierda a derecha: Enrique, Eliana, Raquel y Ximena. A la derecha, su hija Natalia Lafourcade.



En la foto, la última vez que Gastón y Enrique compartieron en 2013. Junto a ellos, su hermana mayor, Raquel.

